

## ORO BLANCO: ALGODÓN, TECNOLOGÍA Y MANO DE OBRA FAMILIAR EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XIX\*

DONNA J. GUY

EL CULTIVO del algodón y la producción textil en las regiones septentrionales de la Argentina que acababa de independizarse, así como de muchas otras partes de América Latina aun relativamente poco afectadas por la revolución industrial, se vinculaban con la división del trabajo por sexos y con el tipo de tenencia de tierra presente en las sociedades agrarias. Ya en 1970 Ester Boserup señaló los papeles divergentes que solían desempeñar las mujeres y los niños en sociedades basadas en propiedades extensas, en las cuales la agricultura o la cría de ganado se realizaba con la ayuda de esclavos o mozos de campo, en comparación con el que se realizaba en granjas y haciendas más pequeñas y de trabajo más intensivo. No obstante, Boserup, como muchos otros, suponía que la mano de obra asalariada, la agricultura en gran escala y la ganadería dominaban el panorama latinoamericano, y recalca el papel de las mujeres, comparado con el de otros miembros de la familia, en la producción rural.<sup>1</sup>

Los antropólogos interesados en el estudio de las mujeres latinoamericanas han analizado activamente los roles económicos contemporáneos de las mujeres rurales, pero se han ocupado sólo excepcionalmente de la producción del algodón, la cría de ovejas y la tejeduría rural. Sus análisis se han centrado sobre todo en la estructura de empleo de las trabajadoras migratorias y de las mujeres urbanas. De manera similar los historiadores de la cría de ovejas y la producción algodonera rural mencionan ocasionalmente el papel de las mujeres y los niños rurales, pero no dirigen sus investigaciones y análisis principales a este tema.<sup>2</sup>

\* Este artículo se publica en forma simultánea con la revista *The Americas*. Traducción al español de Carlota Romero.

<sup>1</sup> E. Boserup, *Woman's Role in Economic Development*, Nueva York, St. Martin's Press, especialmente el capítulo 1, "Male and Female Farming Systems", pp. 15-36.

<sup>2</sup> En el volumen editado por K. Lynn Stoner, *Latinas of the Americas*, se dedica todo un capítulo de bibliografía al desarrollo rural latinoamericano, pero no se mencionan estas cuestiones. Esta bibliografía se centra en obras publicadas a partir de 1977. K. Lynn Stoner, *Latinas of the Americas*, Nueva York y Londres, Garland Publishing, Inc., 1989, pp. 535-580. Esther Hermitte, una antropóloga argentina, ha explorado el papel del sexo y de la mano de obra familiar entre las tejedoras en Catamarca. E. Hermitte, "Ponchos, Weaving, and Patron-Client Relations in Northwest Argentina", en: Stricken y S. M. Greenfield (comps.),

El papel que cumple la mano de obra familiar en la agricultura del algodón en América Latina es particularmente oscuro. En Argentina, como en otras partes de América Latina, el algodón no se produjo necesariamente en plantaciones. Alrededor de la década de 1630, la escasez de indios y esclavos, así como la distancia respecto de los mercados, había limitado su viabilidad económica; en consecuencia la producción del algodón fue integrada a una economía de subsistencia basada en la mano de obra familiar. Las familias plantaban las semillas de algodón, cuidaban las plantas y cosechaban las fibras. Más tarde, las mujeres hilaban el hilo y tejían la tela, la teñían con tinturas vegetales, y hacían ropa y mantas.

La interrelación entre la industria agrícola y la doméstica permitió a las familias que cultivaban algodón o criaban ovejas ser mucho más autosuficientes que las que dependían meramente de la agricultura no textil o de la cría de ganado, porque proveía productos vendibles a las familias con modestos recursos en tierra y mano de obra, sin costos de inversión. Los estudios acerca de las haciendas y estancias latinoamericanas destacan por lo general las economías de plantación y la ganadería, pasando por alto las actividades asociadas a la agricultura de subsistencia, cultivo del algodón para consumo local y cría de ovejas. Por esta razón resulta difícil evaluar el papel de la mano de obra familiar en la producción rural. Sin embargo, el ideal de la granja familiar se ha introducido a menudo como parte de los planes de modernización y su contexto histórico necesita ser explorado. La historia de la producción algodonera argentina y su relación con la industria doméstica del tejido brinda un caso ideal.<sup>3</sup>

---

*Structure and Process in Latin America: Patronage, Clientage and Power Systems*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1972, pp. 159-177. Desde la perspectiva del análisis histórico, la obra de Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial; el mercado interior. Regiones y espacio económico* sigue siendo el estudio más completo de la interacción de producción familiar y patrones comerciales en la Argentina del siglo XIV. C. Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial; el mercado interior. Regiones y espacio económico*, México, Editorial Nueva Imagen, 1985. José Carlos Chiaramonte, en un estudio reciente sobre Corrientes en el siglo XIX, trató de identificar patrones de producción familiar pero los datos censísticos eran demasiado incompletos. José Carlos Chiaramonte, *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 121-123. El estudio de Hilda Sabato acerca de las haciendas de ovejas en la Buenos Aires del siglo XIX señala también que las haciendas pequeñas eran manejadas por mano de obra familiar. H. Sabato, *Agrarian Capitalism and the World Market. Buenos Aires in the Pastoral Age, 1840-1890*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990, pp. 112-114. El estudio preliminar inédito de A. A. Teruel acerca de las haciendas familiares de ovejas y la producción textil entre residentes del Jujuy rural en el siglo XIX, basado sobre datos censísticos, muestra el potencial para el análisis de la mano de obra familiar dentro de la producción lanera rural. Ana A. Teruel, "La fabricación de textiles y la participación de la mujer en la economía de las tierras altas de la provincia de Jujuy (noroeste argentino) siglo XIX", trabajo de seminario inédito.

<sup>3</sup> Un estudio de 1926 acerca de la producción algodonera en todo el mundo señalaba que la fibra había sido producida en una variedad de situaciones incluyendo la agricultura de subsistencia. Johnson específicamente citaba la situación en San Pablo, donde el algodón era un cultivo de subsistencia en tierras que se volvían demasiado áridas para cafetos. Chile, Ecuador y Paraguay también se mencionan como países donde se producían cantidades limitadas de esta fibra. W. H. Johnson, *Cotton and its Production*, Londres, Macmillan and Co., 1926, cap. 6, 10, *passim*.

En la Argentina colonial la relativa escasez de población indígena y negra dificultó la promoción de la agricultura de mano de obra intensiva. En su lugar, las estancias y, particularmente en las regiones septentrionales, las granjas proveían mulas, caballos, ganado, tejidos y alimentos necesarios para el consumo local, así como para las áreas mineras del Alto Perú. En 1803, poco antes de la Independencia, se informó que en las áreas del Noroeste, particularmente en Catamarca, "no hay casa o choza en el distrito que no cuente con uno o dos telares, un torno de hilar y otro para desmotar el algodón". Sin embargo, un año antes de que se escribiera esto, un argentino prominente, el Deán Funes, condenó tales actividades basadas en la familia, en particular la producción de telas: "la pobreza y la miseria son el patrimonio de nuestras artesanías textiles [...] si existe una explicación de la falta de progreso en la población, no hay duda de que será este tipo de producción".<sup>4</sup>

Opiniones negativas respecto de la producción artesanal facilitaron la entrada a Argentina de telas producidas en fábricas europeas. Como resultado de ello, durante la primera mitad del siglo XIX, los agricultores y sus familias dejaron de sembrar semillas de algodón y la producción artesanal de millares de hilanderas y tejedoras, por lo general mujeres, se veía como un vestigio del pasado y una manera de supervivencia más que como una actividad económica básica para la nación independiente. No obstante, persistían las esperanzas en relación con el cultivo del algodón. Entre la declaración de la Independencia en 1810 y la celebración del Centenario en la Argentina de 1910 se realizaron varios intentos poco afortunados para hacer del algodón un cultivo destinado exclusivamente a la comercialización. Los cambios en los precios mundiales del algodón en la década de 1860, así como en la estructura del desarrollo agrícola de Argentina en el Noroeste durante la década de 1890, estimularon un nuevo interés por el cultivo del algodón, pero no por los tejidos.

La separación entre la agricultura y la producción textil oscureció el crítico papel económico de las mujeres y los niños. Se buscaban trabajadores varones más que familias pero, en estas circunstancias, era imposible mantener una mano de obra estable. Después de varios intentos fallidos de producir algodón de plantación, la producción familiar en pequeñas granjas fue finalmente reconocida como la única manera de hacer viable en Argentina la producción del algodón. De modo que por muchos años lo inapropiado de la mano de obra requerida, la falta de transporte barato y los problemas técnicos del sector agrícola, hicieron fracasar todos los esfuerzos de promover la agricultura comercial del algodón en el norte.

La historia temprana del cultivo del algodón en Argentina claramente subrayó la relación simbiótica de la mano de obra familiar con la agricultura y la producción

<sup>4</sup> "Informe de Comercio de Catamarca en 1803", documento adjuntado en G. Tjarks, "Panorama del comercio interno del Virreinato del Río de la Plata en sus postrimerías", *Humanidades*, núm. 36, 1960, p. 55; P. Saliano [Deán Gregorio Funes], *Telégrafo Mercantil*, 20 de junio de 1802, tomo II, pp. 415-416, citado en P. S. Martínez, *Las industrias durante el Virreinato (1776- 1810)*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 45.

artesanal. Cultivados en el norte aun antes de la conquista española, los textiles de algodón habían sido ofrecidos como obsequio cuando *el área* fue integrada pacíficamente al imperio inca. Los españoles que se radicaron en Tucumán en la década de 1550, sembraron las semillas que habían traído de Chile en las granjas donde acababan de establecerse.<sup>5</sup> Los indígenas locales ya tenían cierta familiaridad con el algodón y, por lo tanto, a los colonos españoles no les resultó difícil adaptarlos a las tareas de plantar, hilar y tejer el *lienzo*. “Desde aproximadamente 1573 hasta 1600 los indígenas de Tucumán fueron obligados a trabajar. [...] Sembraban y trabajaban en las granjas, se ocupaban del ganado, o tejían vestimentas, mantas, cubrecamas y mercaderías de algodón que eran embarcadas por el encomendero hacia Perú para ser vendidas.” Las mujeres y los niños, junto con los hombres, se ocupaban de estas actividades.<sup>6</sup>

La ciudad de Córdoba pronto se convirtió en el centro de la industria de tejido local dependiente del algodón procedente del campo cercano así como de otras partes del noroeste. Los tejidos de algodón se convirtieron en un producto principal del comercio entre la región y las minas de Potosí. De hecho el algodón llegó a ser tan valioso que a principios del siglo XVII el paño reemplazó la escasa moneda metálica en toda la región.<sup>7</sup>

Sin embargo, el auge del algodón en la época de la colonia fue efímero. Justo cuando los productos textiles se convirtieron en artículos importantes del comercio, la cantidad de trabajadores indígenas disponibles comenzó a declinar debido a las duras condiciones laborales y a la exposición a enfermedades europeas. Planes tempranos para expandir el comercio del algodón de Tucumán a Brasil se volvieron imposibles, y al llegar la década de 1630 quedaban pocos obreros de algodón en Córdoba.<sup>8</sup> De allí en adelante se siguió plantando algodón en Catamarca y otras áreas del Noroeste, pero los de algodón ya no dominaron los mercados o la demanda observada en años anteriores.

Los cambios en la organización política aceleraron la desaparición del comercio textil en la región de Tucumán. Cuando Concolorcovo atravesó Santiago del Estero en 1773, comentó que “las mujeres tejen excelentes alfombras y mantas, pero sólo se hacen a pedido; la mejor prueba de su pobreza y escaso negocio es el hecho de que las

<sup>5</sup> C. Sánchez Oviedo, *El algodón. Factor importante en la historia de Catamarca*, núm. 24, Buenos Aires, Ministerio de Agricultura, Junta Nacional de Algodón, 1937, pp. 11-20.

<sup>6</sup> C. Garzón Maceda, *Economía del Tucumán. Economía natural y economía monetaria siglos XVI-XVII-XVIII*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1968, pp. 50-51; Nicolás P. Cushner, *Jesuit Ranches and the Agrarian Development of Argentina, 1650-1747*, Albany, Suny Press, 1983, p. 85.

<sup>7</sup> C. Sempat Assadourian, “Potosí y el crecimiento económico de Córdoba en los siglos XVI y XVII”, en: Universidad Nacional de Córdoba, *Homenaje al Doctor Ceferino Garzón Maceda*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1973, pp. 172-173; Ceferino Garzón Maceda, *Economía del Tucumán*, 7, pp. 50-51.

<sup>8</sup> M. Morner, *The Political and Economic Activities of the Jesuits in the La Plata Region. The Hapsburg Era*, Estocolmo, Library and Institute of Ibero-American Studies, 1953, pp. 49-50. Carlos Sempat Assadourian, “Potosí y el crecimiento económico de Córdoba en los siglos XVI y XVII”, p. 174; Carlos Mayo, “Los pobladores del Tucumán colonial. Contribución al estudio de los mayordomos y administradores de encomienda en América”, en: *Revista de Historia de América*, núm. 85 (enero-junio de 1978), pp. 43-55.

ganancias de su comercio en un año, en todo el distrito, no superan los 30 pesos".<sup>9</sup> La creación del Virreinato del Río de la Plata tres años más tarde tuvo como resultado la introducción de tejidos europeos en Argentina.

El tejido y el hilado no desaparecieron de inmediato. En cambio, las familias se adaptaron a las nuevas condiciones del comercio. Ya que en la Argentina colonial se consideraba que eran tareas propias de mujeres y esclavos, al principio el hilado y el tejido se enseñaban por la fuerza a las mujeres indígenas no sedentarias y esclavas negras, como parte de un esfuerzo moralizador de introducirlas en la civilización y normas de trabajo europeos. Por ejemplo, los jesuitas en la provincia de Santa Fe a comienzos del siglo XVIII habían instalado dos telares de algodón para "contrarrestar la pereza evidenciada por mujeres negras".<sup>10</sup> En épocas tan tardías como la década de 1880, misioneros italianos enseñaban cómo tejer el algodón a mujeres indígenas fueguinas por razones similares.<sup>11</sup> Con el tiempo, sin embargo, la economía triunfó sobre esta forma de exhortación moral destinada a las mujeres.

A fines del período colonial criollo los líderes políticos, en agudo contraste con los puntos de vista de los misioneros, desdénaban los beneficios morales que las mujeres obtenían del hilado y tejido del algodón y sólo se detenían en su supuesta explotación económica. En el *Telégrafo Mercantil* se criticaba mordazmente a los comerciantes por alentar a mujeres pobres a tomar prestado dinero para una futura producción textil. Ante la competencia de las telas europeas producidas en fábrica, se consideraba que los precios que las mujeres recibían por productos de lana y algodón eran insuficientes para cubrir los costos de producción. En respuesta a estas condiciones, el general Pueyrredón, en su carácter de gobernador supervisor, declaró en 1810 que se condonaría un tercio de todas las deudas en que incurrieran las tejedoras frente a los comerciantes. Este bando altruista tuvo vigencia durante sólo dos años, hasta que le resultó imposible a la nación que acababa de independizarse proteger a las tejedoras de la explotación.<sup>12</sup>

Los precios desfavorables para los textiles producidos localmente pronto afectaron la plantación del algodón. A lo largo de los próximos 40 años el cultivo del algodón declinó junto con las ventas de telas. Cultivado principalmente en Catamarca y enviado luego a Córdoba, resulta posible reconstruir la declinación de la producción de algodón en la Argentina posterior a la Independencia. De acuerdo con estudios recientes del comercio entre Catamarca y Córdoba desde 1810 hasta 1851, en 1811 el precio del algo-

<sup>9</sup> Concolorcovo, *El Lazarello de ciegos caminantes desde Lima a Buenos Aires, 1773*, Buenos Aires, Solar, 1942.

<sup>10</sup> Cushner, *Jesuit Ranches and the Agrarian Development of Argentina, 1650-1767*, p. 103.

<sup>11</sup> J. F. Seri, *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Editora Italo Argentina, 1940, pp. 386-388.

<sup>12</sup> C. Sempat Assadourian, "El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860", en: *Nova Americana*, núm. 1, 1978, pp. 79-83. Sempat Assadourian argumenta que los críticos contemporáneos del endeudamiento femenino no lograron distinguir entre los costos incurridos en la manufactura capitalista y la capacidad de las mujeres y los niños para crear mercaderías a partir de materia prima disponible en una economía familiar precapitalista.

dón que se producía localmente ya había comenzado a declinar en forma precipitada debido a la importación de telas europeas. Como resultado de ello, los agricultores de Catamarca solicitaron al Cabildo que se les permitiera plantar tabaco como un cultivo alternativo destinado exclusivamente a la comercialización.<sup>13</sup> Entre 1815 y 1851 la cantidad de algodón enviado desde Catamarca a Córdoba decreció de 7 138 arrobas en 1815 a 208 en 1831. Estimulado temporariamente por la tarifa proteccionista fijada por el gobierno de Rosas en 1835, el comercio del algodón se había recuperado en 1838, alcanzando en 1839 un nuevo tope de 21 037 arrobas, sólo para volver a disminuir a apenas 126 en 1851.<sup>14</sup>

La decisión del general Pueyrredón de perdonar la deuda a las tejedoras coincidió con los precios bajos en Catamarca que llevaron a los agricultores de allí a cambiar el algodón por el tabaco. De manera similar, las tejedoras se desplazaron del algodón a la lana. Desgraciadamente, el cambio aceleró la desaparición del cultivo de algodón sin solucionar el problema de integrar a las mujeres a la mano de obra agrícola paga de una Argentina en vías de modernización. El tejido de la lana vinculó a las trabajadoras a la ganadería más que a las actividades agrícolas, y provisionalmente ofreció una actividad económica alternativa a las familias rurales. No obstante, la producción lanera resultó ser tan vulnerable a la competencia internacional como la del algodón. Después de 1810 los precios para los tejidos de lana también disminuyeron y las tejedoras cordobesas y catamarqueñas perdieron primero su mercado en Buenos Aires y luego el mercado textil en Paraguay.<sup>15</sup> A pesar de que la producción textil local continuó expandiéndose hasta 1840, gracias a las tarifas proteccionistas de Rosas, más tarde decayó en forma abrupta. En lugar de hilar o tejer lana muchas mujeres cordobesas simplemente la lavaban para la exportación, hasta que las condiciones cambiantes del mercado mundial a mediados de la década de 1860 eliminaron también este tipo de actividad femenina.<sup>16</sup>

Aunque hubiera existido un mercado textil más consistentemente protegido en Argentina a principios del siglo XIX, cierto número de factores habría frustrado la emergencia del cultivo moderno del algodón y de la producción textil en el Noroeste argentino. En primer término, las áreas originariamente apropiadas para el cultivo del algodón estaban situadas en zonas alejadas de los principales puertos y centros de

<sup>13</sup> N. de V. Barrionuevo, M. C. Córdoba e Irma Julio Dironi, "Contribución para el estudio de las relaciones comerciales entre Catamarca y Córdoba entre 1810 a 1814", en: Academia Nacional de Historia, *ICongreso de Historia Argentina y Regional*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1973, p. 216.

<sup>14</sup> F. Converso, Jorge Grassi Belaúnde y Beatriz Solveira, "Contribución al estudio del comercio entre Catamarca y Córdoba 1815-1831", en: Academia Nacional de Historia, *ICongreso de Historia Argentina y Regional*, p. 226; Luis Eugenio Zolla, "Catamarca, economía y relaciones comerciales (1838-1852)", *ibid.*, p. 240. La tarifa de 1835 intentaba proteger una serie de industrias nacionales incluyendo las asociadas con el algodón y la lana. Véase Juan Carlos Nicolau, *Industria Argentina y aduana 1835-1854*, Buenos Aires, Editorial Devenir, 1975, pp. 31-42.

<sup>15</sup> C. Sempat Assadourian, "El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860", *ob. cit.*, pp. 83-86.

<sup>16</sup> D. Guy, "Women, Peonage and Industrialization: Argentina, 1810-1914", en: *Latin American Research Review*, vol. 16, núm. 3, 1981, p. 73.

población de Buenos Aires y de Rosario. El costo del transporte terrestre anterior a la construcción de los ferrocarriles era demasiado alto para permitir envíos a ciudades costeras, y mucho menos a mercados extranjeros. En segundo lugar, la misma escasez de mano de obra que había afectado el comercio del algodón durante el período colonial seguía haciendo del algodón catamarqueño un producto demasiado costoso para competir con el de las plantaciones de esclavos de los Estados Unidos de América o Brasil.

A largo plazo, los adelantos tecnológicos en el desmotado y tejido de algodón ocurridos en los Estados Unidos y Gran Bretaña a fines del siglo XVIII resultaron ser la ruina final del cultivo del algodón y la producción textil argentina. La desmotadora mecánica del algodón, inventada por Eli Whitney en 1793 revolucionó el sector agrícola en los Estados Unidos, al tiempo que los telares y husos mecanizados tuvieron un impacto similar en la manufactura del hilo y algodón en Gran Bretaña. La nueva desmotadora requería un tipo de algodón diferente de la variedad cultivada en Argentina, una variedad que no se dañara por los separadores mecánicos de la desmotadora. En los Estados Unidos esto llevó a que se plantara un algodón Upland de fibra más corta, una variedad robusta que resistía a la desmotadora mecánica y cuyo hilo se adaptaba también a los telares mecanizados. El algodón Upland, junto con híbridos posteriores, permitió a las fábricas textiles modernas producir un producto superior y menos costoso.<sup>17</sup>

La transición de una variedad principal a otra ocurrió en los Estados Unidos en el término de unos pocos años entre 1786 y 1804, y se vio facilitada por la presencia de un "marco institucional establecido ya orientado a la especialización comercializada y el intercambio".<sup>18</sup> Así, los años de lucha por la independencia y la unidad política en Argentina aceleraron la desaparición de la economía regional del algodón casi en el mismo momento en que los Estados Unidos modernizaban su cultivo algodonerero. Además, a diferencia de la economía algodonerera costera de Estados Unidos, quienes cultivaban el algodón en Argentina estaban lejos de los mercados nacionales y de los puertos, y tenían pocas oportunidades de comunicarse con agricultores del algodón fuera de la Argentina. Esta falta de contacto entre los agricultores algodonereros argentinos y los norteamericanos fue otro factor clave, ya que impidió la transferencia de tecnología agraria. Los agricultores catamarqueños desarrollaron su propia tosca desmotadora de madera que podía separar fácilmente la fibra de la semilla de cepas más viejas de algodón, pero el instrumento no servía para los híbridos que se necesitaban para los husos y telares modernos.<sup>19</sup>

Las nuevas variedades de algodón no se volvieron accesibles a los agricultores argentinos hasta la década de 1860, y aun entonces no fue sino hasta comienzos del

<sup>17</sup>J. H. Street, *The New Revolution in the Cotton Economy. Mechanization and its Consequences*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1957, pp. 4-5.

<sup>18</sup>*Ibidem*, p. 5.

<sup>19</sup>C. Sánchez Ovieido, *EL algodón. Factor importante en la historia de Catamarca*, Junta Nacional del Algodón, núm. 24, 1937, pp. 32-35.

nuevo siglo cuando las cepas híbridas se adaptaron a las condiciones climáticas locales. En consecuencia, los cultivadores argentinos no se habrían beneficiado del auge algodonero de principios del siglo XIX aun cuando hubiese habido paz en Argentina. Cuando llegó el momento en que los políticos y agricultores argentinos comenzaron a enfocar la necesidad de promover el cultivo del algodón, descubrieron que la producción algodonera local era casi inexistente. Estos hechos, sumados al deseo inicial de producir un cultivo destinado íntegramente a la comercialización que no dependiera del trabajo familiar, condujeron a resultados desastrosos.

Las guerras civiles locales en Argentina finalmente amainaron en la década de 1860, cuando Buenos Aires se sumó al resto de las provincias para crear un país unido. La paz y las exigencias decrecientes de reclutamiento hicieron posible que los agricultores experimentaran con semillas importadas en un momento en que el precio mundial del algodón comenzaba a aumentar. La nueva situación del comercio internacional fue un resultado directo de la Guerra de Secesión. Hasta la década de 1860, cuatro quintos del algodón importado a Gran Bretaña era proporcionado por Estados Unidos de América, y cualquier disminución en el suministro del algodón de ese país provocaba temores de trastornos económicos y sociales en las ciudades británicas en rápido crecimiento. La Guerra de Secesión volvió virtualmente imposible el comercio entre Inglaterra y el sur estadounidense. Reservas excedentes de algodón crudo posibilitadas por abundantes cosechas anteriores permitieron que las fábricas siguieran operando hasta mediados de 1862. A continuación se desató la temida "carestía del algodón", que ocasionó el cierre de fábricas textiles y el desempleo de la mitad a las tres cuartas partes de la mano de obra de las fábricas algodoneras británicas.<sup>20</sup>

La búsqueda desesperada de algodón llevó a los manufactureros británicos a Argentina en pos de una empresa desatinada. Estimulados por informes y rumores de "muchos millares de acres de algodón que crecen en estado silvestre en el valle del Río Salado", la *Manchester Cotton Supply Association* [Asociación de Proveedores de Algodón de Manchester] urgió al Foreign Office a que hiciera averiguaciones. De manera que en octubre de 1861 se pusieron en contacto con el cónsul británico más próximo, Thomas Hutchinson, de Rosario, Santa Fe, y le solicitaron que verificara los rumores visitando personalmente la región.<sup>21</sup>

El área que Hutchinson debía atravesar se encontraba relativamente aislada de los centros florecientes de población en Argentina y lejos de las rutas comerciales. No había ni caminos terrestres regulares ni ferrocarriles ni embarcaciones fluviales con horarios regulares. Pocos funcionarios o diplomáticos tenían conocimientos específicos acerca del terreno atravesado por el Salado. Hutchinson sintió pocos incentivos para viajar a

<sup>20</sup> J. G. Randall y D. Donald, *The Civil War and Reconstruction*, 2a. ed., Boston, D. C. Heath, 1961, pp. 36 y 503.

<sup>21</sup> E. Hammond y T. Hutchinson, carta del 12 de octubre de 1861, Gran Bretaña, Public Record Office [de aquí en adelante se hará referencia a ello como PRO] F06/242/214.



lo desconocido pobremente pertrechado, y por ello se aprestó primero a recoger todos los datos pertinentes acerca del estado del cultivo algodouero en la zona.

No fue sino hasta mayo de 1862 cuando el cónsul británico logró reunir la información suficiente como para responder las demandas de 1861. Informó al Foreign Office que un ingeniero civil había explorado el río en 1859. En aquel momento no había detectado algodón hasta llegar a Santiago del Estero. El ingeniero creía que las plantaciones eran vestigios de granjas coloniales. Hutchinson también informó que un viaje más reciente llevado a cabo a su pedido arrojaba el siguiente resultado:

Los informes que usted ha escuchado respecto de la cantidad de algodón producido en este país carecen de fundamento. Ningún ofrecimiento de dinero de mi parte me ha permitido obtener ya bien muestras o información sobre el tema. He trabado aquí conocimiento con un alemán, que está a punto de ir al Vermejo (sic) —a una gran distancia de unas ciento veinte leguas de aquí— para plantar algodón. Tiene la semilla [...] y sólo ha estado esperando que termine la guerra en esta provincia para comenzar las operaciones [...] En lo que concierne a Santiago del Estero y Tucumán, la producción de este artículo ha cesado por completo.<sup>22</sup>

El informe desfavorable no concluía, sin embargo, de manera pesimista, ya que su autor había visto muestras de algodón cultivado en Corrientes, en el noreste, y se creía que esa región se adaptaba en forma ideal al cultivo algodouero.

Hutchinson no basó su informe final del 14 de julio de 1862 en las conclusiones de estos dos viajeros sin contar con una indagación adicional. Pacientemente hizo averiguaciones y descubrió quién había dado comienzo a los rumores que tanto habían estimulado a la *Manchester Cotton Supply Association*. Parecía que un comerciante británico en Uruguay había enviado muestras de algodón del área del Salado a Liverpool. Al ponerse en contacto con el comerciante R. B. Hughes, Hutchinson descubrió que el algodón, de hecho, procedía de Catamarca. El cónsul resolvió investigar este lugar personalmente, creyendo empero que aun cuando el algodón se cultivara allí, los métodos de transporte para sacarlo de allí serían demasiado tediosos y costosos.<sup>23</sup> Después de completar su indagación, el cónsul británico comenzó su expedición. El viaje remontando el Salado comenzó el 25 de noviembre de 1862 y se convirtió en un viaje de 2 000 millas. Hutchinson se encontró con muchos caudillos locales a quienes interrogó acerca del estado del cultivo algodouero en los alrededores. Le informaron que los caudillos provinciales consideraban que la agricultura era "un guardián de la paz así como una fuente de riqueza", pero la mayoría creía que la escasez de mano de obra imposibilitaría cualquier empresa comercial. Antonio Taboada, el caudillo militar de Santiago del Estero ofrecía a los inmigrantes siete leguas de tierra para plantaciones de algodón. Hutchinson propuso que las tropas de Taboada se convirtieran en pequeños propietarios rurales plantando algodón en los fuertes "agrícola-

<sup>22</sup> T. Hutchinson, Despacho núm. 4, 6 de mayo de 1862, PRO F06/242/177-186.

<sup>23</sup> R. B. Hughes al cónsul Hutchinson, 10 de julio de 1862, PRO F06/242/199; cónsul Hutchinson, Despacho núm. 10, 16 de julio de 1862, PRO F06/242/196-198.

militares” donde se suponía que los hombres cultivaran comestibles al tiempo que defendían la región. Taboada convino en intentar el experimento si Hutchinson conseguía la semilla.<sup>24</sup>

Más hacia el noroeste, en la provincia de Tucumán el cónsul encontró a un agricultor que tenía varias plantaciones de algodón en su chacra cerca de la capital, San Miguel de Tucumán. No obstante, parecía haber pocas esperanzas de una producción incrementada de algodón, ya que los costos de mano de obra eran prohibitivos y las leyes locales dictaminaban que los salarios debían pagarse con dos meses de anticipación.<sup>25</sup> Evidentemente, parecía haber escaso interés oficial en la producción en plantaciones comerciales de algodón en Tucumán, y la explicación se encontraba en una economía de mano de obra asalariada que enfatizaba el valor de la mano de obra masculina más que familiar. En contraste con lo anterior los funcionarios de la provincia de Córdoba aprobaban leyes impacientemente para estimular el cultivo del algodón a fin de reemplazar el producto que solían recibir en Catamarca. El gobernador Posse informó al funcionario británico que había ofrecido recientemente un premio de 200 dólares a quien pudiera producir más de 2 500 libras de algodón. A fin de materializar el ofrecimiento, él también urgió a Hutchinson a que de inmediato se enviara semilla de algodón a Argentina.

Después de viajar de aquí para allá en condiciones a menudo penosas, las que más tarde le hicieron recordar lo que otro explorador (el capitán Page) había dicho sobre su viaje al Salado en 1854: “Uno debe embarcarse en cada empresa en Hispanoamérica con un espíritu paciente, filosófico”. Hutchinson consideró que su viaje de tres meses y medio había valido la pena aun cuando no hubiese encontrado mucho algodón. En cambio, pensaba que su misión tendría finalmente éxito por haber persuadido a los gobernadores provinciales a dar importancia al cultivo del algodón. El gobierno de Corrientes había llegado a introducir legislación para conceder tierra gratuita y exención de impuestos a todos los que cultivaran algodón. Con este tipo de ayuda, Hutchinson creía que los agricultores argentinos o los inmigrantes sólo necesitaban una provisión de semilla de algodón e instrucciones apropiadas de cultivo.<sup>26</sup>

Mientras Hutchinson remontaba dificultosamente el Salado, otro ciudadano británico armó una extensa campaña publicitaria para estimular el interés en el cultivo del algodón en áreas más próximas al puerto de Buenos Aires. Michael G. Mulhall, editor del diario inglés en Buenos Aires *Standard* y posterior autor de una serie de guías a los países rioplatenses, tomó a su cargo la tarea de convencer por su cuenta a los agricultores de que el algodón era “el” cultivo del siglo. Lo mismo que Hutchinson, Mulhall realizó un viaje exploratorio, pero el suyo se dirigió al Paraguay y a Corrientes.<sup>27</sup> También él

<sup>24</sup> T. Hutchinson, Report of Trip, Despacho núm. 5, 18 de marzo de 1863, PRO F06/247/216-245.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*; T. J. Hutchinson, *Buenos Aires and Argentine Gleanings: with extracts from a Diary of Salado Exploration in 1862 and 1863*, Londres, Edward Stanford, 1865, Apéndice 7, p. 315.

<sup>27</sup> República Argentina, Departamento de Agricultura, *Cultivo del algodón*, Buenos Aires, 1904, pp. 4-5.

concibió un amplio programa para establecer plantaciones de algodón ayudado por el envío, de parte de la Manchester Cotton Supply Association, de semilla de algodón gratuita a Argentina.<sup>28</sup>

De acuerdo con el cónsul Hutchinson, Mulhall había tenido bastante éxito en sus intentos iniciales de promover el cultivo del algodón. En marzo de 1863 Hutchinson sostuvo

A través de la mediación de los señores Mulhall, propietarios y editores del diario inglés de Buenos Aires, el *Standard*, que durante el año pasado han sido y son todavía los más activos propulsores de la causa, mucha semilla suministrada por ellos a las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes tiene probabilidad de producir buenos resultados a fin de año. En su estancia entre los ríos Batel y Corrientes en la provincia de Corrientes, el señor Jimenes tiene muchas leguas cuadradas de algodón que viene muy bien, y espera tener la producción de varios millares de plantas para enviar a Inglaterra a la brevedad.<sup>29</sup>

Los periódicos en Gran Bretaña describieron la empresa del cultivo algodonerero argentino en términos entusiastas, aun después de observarse muchos indicios de que no sería tan fácil producir allí grandes cultivos de algodón. Recién el 9 de noviembre de 1863, el *Times* informó que el algodón estaba "atrayendo la atención mundial" en Argentina, y que el cónsul Hutchinson había brindado testimonios concluyentes acerca de la capacidad del país para producir la fibra crítica.<sup>30</sup> Estas predicciones se basaban también en las expectativas poco realistas de Michael Mulhall. En su periódico había proclamado —y el *Times* reprodujo su creencia eufórica— que "el algodón reemplazará a la lana y el cuero, convirtiéndose en el primer artículo básico de la República Argentina".<sup>31</sup>

A pesar de estas expectativas excesivamente optimistas, los frutos de los esfuerzos de Hutchinson y Mulhall fueron, en el mejor de los casos, modestos. En junio de 1863 el cónsul británico en Buenos Aires, Frank Parish, informó en forma más realista que no se hacía ilusiones acerca de las perspectivas del negocio algodonerero en su distrito. En contraste con el optimismo de sus compatriotas, Parish creía que

El precio muy elevado de la tierra, la escasez y el costo elevado de la mano de obra y las vicisitudes del clima, agregados a las ventajas comparativas derivadas de la cría de ovejas, son inconvenientes que pueden llegar a excluir la idea de que Buenos Aires se convierta jamás en una tierra de cultivo de algodón.<sup>32</sup>

<sup>28</sup> T. J. Hutchinson, *Buenos Aires y otras provincias argentinas*, trad. Luis V. Varela, Buenos Aires, Editorial Huarpe, 1945, p. 302.

<sup>29</sup> T. J. Hutchinson, "On the Prospects of Cotton Cultivation in the Argentine Republic", 12 de marzo de 1863, PRO F06/247/230-231.

<sup>30</sup> *The Times*, 9 de noviembre de 1863, p. 7.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> F. Parish, Despacho consular núm. 17, Buenos Aires, 26 de junio de 1863, PRO F06/247/94. Las observaciones de Parish no aparecieron en la prensa británica hasta diciembre de 1864. Véase *Brazil and River Plate Mail and South American Journal*, 23 de diciembre de 1864, p. 85.

Al cabo de algunos años, también Hutchinson tuvo que renunciar a sus fantasías acerca de las perspectivas de una rápida difusión del cultivo algodonero en el interior. Esto comenzó cuando se enteró de que las semillas enviadas a Corrientes para ser plantadas habían sido sembradas demasiado tarde y las había afectado la sequía. El resultado fue un fracaso completo del cultivo.<sup>33</sup> En agosto de 1863 había recibido veinte toneles de semilla de algodón que pesaban 140 libras cada uno, y los había enviado a gobernadores provinciales interesados. En diciembre de 1867 reflexionó sobre el triste hecho de la siguiente manera:

nunca recibí un solo informe acerca del éxito o fracaso de parte de estos caballeros. Y en la actualidad creo que hay poco o ningún algodón cultivado a lo ancho y a lo largo de toda la República Argentina... excepto lo poco que se cultiva para fines domésticos, en la provincia de Santiago del Estero.<sup>34</sup>

Los únicos que parecían tener éxito en el cultivo del algodón eran unos pocos intrépidos agricultores inmigrantes, algunos de los cuales habían plantado algodón en otros lugares. Entre ellos, por ejemplo, se encontraba el capitán Forrest, un norteamericano que cultivaba algodón en Paraná, provincia de Entre Ríos, entre 1864 y 1867. Más tarde se jactaba de que

El clima se adapta tan bien al algodón y el suelo es tan rico que produce un tercio más en cada acre de lo que puede cultivarse en Georgia; las cápsulas son mucho más grandes y están mejor llenadas, no sujetas al tizón o a la putrefacción en las cápsulas inferiores, como a veces ocurre en mi país. Parte de mi algodón aquí fue considerado en Manchester como el mejor en el mercado de ese año (1865).<sup>35</sup>

El capitán Forrest fue obviamente una excepción a la regla. No era simple cultivar algodón para los agricultores argentinos, ni tenía tanto éxito entre los agricultores inmigrantes como para que optaran por ampliar sus plantaciones. Quizá la explicación de un éxito aislado, como el de Forrest, se encuentre en su experiencia anterior del cultivo y en que comprendía los problemas culturales asociados con las nuevas variedades del algodón. También puede haber estado en condiciones de calcular y finalmente obtener suficiente mano de obra asalariada para su granja. En contraste, la propuesta de que los soldados de Taboada se ocuparan adecuadamente de las plantas de algodón mientras defendían su fuerte, era ridícula. Enviar semillas sin pensar cómo el cultivo del algodón encajaría en patrones de tenencia de la tierra y mano de obra era igualmente absurdo y estaba destinado al fracaso. Los argentinos nativos, aun los que

<sup>33</sup> T. Hutchinson, Despacho núm. 13, 11 de abril de 1864, incluyendo carta adjunta de Henry Hall, Bella Vista, Corrientes, PRO F06/252/132-133.

<sup>34</sup> T. J. Hutchinson, *The Paraná; with Incidents of the Paraguayan War and South American Recollections from 1861-1868*, Londres, Edward Stanford, 1868, pp. 233-234.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 237-238.

podrían haber estado acostumbrados a la semilla de algodón tradicional, no estaban preparados para adaptar las nuevas a las diferencias estacionales del cultivo argentino y a las condiciones climáticas. Los que nunca antes habían cultivado algodón carecían de tradiciones de prácticas anteriores —fueran relevantes o no— que los ayudaran a superar problemas característicos del cultivo del algodón y bastante diferentes de los que enfrentaban quienes cultivaban el trigo o el maíz. Sobrestimaban la capacidad de los agricultores de algodón de obtener mano de obra asalariada para cosechar grandes plantaciones al tiempo que subestimaban el valor del cultivo familiar en las economías agrarias. Finalmente, y tan importante como lo anterior, hombres como Hutchinson y Mulhall nunca vincularon el cultivo local del algodón a una industria textil nacional capaz de mantener una demanda de algodón crudo cuando cayeran los precios mundiales.

Cuando los ingleses descubrieron que no podían convencer a los argentinos de que el algodón fuera un cultivo permanente dentro de la producción agrícola no acertaron a explicar su fracaso. Para ellos, los problemas de Argentina y de otros países sudamericanos procedían de la irresponsabilidad política y de las rencillas continuas. Los problemas agrícolas y de mano de obra no eran explicaciones dignas de ser tomadas en cuenta. El *Brazil and River Plate Mail* expresó a las claras el fastidio británico por el comienzo de la Guerra del Paraguay, comentando en febrero de 1865:

Debemos confesar que estamos muy desilusionados de que América del Sur haya hecho tan poco hasta ahora para aumentar nuestras importaciones de algodón y que, en lugar de pelear y discutir entre ellos, la atención tanto de los gobiernos como de los pueblos no se haya vuelto hacia este modo muy simple de enriquecerse... La Confederación Argentina y el Paraguay son capaces por sí mismos de producir con el estímulo apropiado una gran cantidad de algodón, y cuanto antes se aboquen a ello tanto mejor para ellos y para nosotros. Ellos pueden aducir la falta de mano de obra y la ausencia de espíritu empresarial entre los terratenientes, pero las ganancias merecen un gran sacrificio y debería utilizarse toda posible persuasión para tal fin [...] en lugar de malgastar sus recursos.<sup>36</sup>

Mientras los diplomáticos británicos se esforzaban al máximo por promover el cultivo del algodón en Argentina, representantes estadounidenses contemplaban la tragicomedia del imperialismo económico como observadores distanciados pero divertidos. En octubre de 1864 el cónsul estadounidense en Buenos Aires envió un informe al Ministro de Asuntos Exteriores en el que mencionaba que

La *Cotton Supply Association* de Inglaterra, a través de sus agentes en este país, ha estado moviendo cielo y tierra (lo primero mediante oraciones, lo segundo mediante plantaciones) en sus esfuerzos por facilitar la producción del algodón... pero todo, hasta ahora, con poco o ningún éxito [...]

<sup>36</sup> *Brazil and River Plate Mail*, 8 de febrero de 1865, pp. 56-67. Para informes de funcionarios consulares británicos a través de toda Sudamérica y México acerca de la situación algodonera, así como por informes generales acerca de la provisión algodonera británica, véase este periódico desde 1865 hasta 1867.

Dos o tres cultivadores de algodón del sector meridional de nuestro país han llegado hasta aquí recientemente con la intención de examinar a fondo la adaptabilidad de ciertas partes promisorias del territorio de este país para el cultivo del algodón y, si bien no me sorprenderá en absoluto escuchar acerca del fracaso de sus experimentos, sin embargo, debido a su mejor conocimiento del asunto, las posibilidades de éxito están, así pienso, más de su lado que del lado de los ingleses.<sup>37</sup>

A pesar del optimismo depositado incluso por el dubitativo cónsul norteamericano en el futuro del cultivo algodonnero en Argentina, los resultados finales fueron aún más sombríos que las predicciones más pesimistas. En 1865, año en que el capitán Forrest envió su algodón a Manchester, algunas toneladas de algodón argentino llegaron al mercado inglés, logro que no se repitió hasta después de la Primera Guerra Mundial. En el momento en que Michael Mulhall publicó su primera guía de la región rioplatense en 1869, informó que varias colonias de inmigrantes estaban cultivando algodón hasta 1867, y que el futuro del algodón correntino sólo estaba limitado por la falta de mano de obra para la cosecha. Sin embargo, en su segunda edición, publicada en 1875, Mulhall no mencionó ninguna plantación de algodón en las colonias agrícolas citadas seis años antes, a pesar de que otro escritor, Richard Napp, encontró algodón en las provincias norteñas y en el Chaco en 1875, si bien sostuvo que el algodón local sólo se utilizaba para suministrar mechas para velas de cera.<sup>38</sup>

Nadie calculó jamás cuánto algodón crecía en Argentina en la década de 1860 y para cuando finalizó la Guerra de Secesión esto interesaba a pocos. Los precios del algodón volvieron a importes normales en el mercado mundial, y había pocos incentivos locales para mantener el interés en este producto. La única manera en que los agricultores argentinos podían ser persuadidos de plantar algodón como un cultivo exclusivamente destinado a la comercialización en lugar de cereales o alfalfa, era si disminuía el costo de la mano de obra y el transporte, si se disponía de una mejor información agrícola, si cambiaban los precios algodonneros nacionales o internacionales, o si la industria textil local proveía un mercado constante para el algodón en bruto.

Cuando los funcionarios ingleses y argentinos se afanaban a comienzos de la década de 1860 tratando de persuadir a los agricultores que sembraran semilla de algodón, nunca tuvieron en cuenta el hecho de que tradicionalmente el cultivo del algodón se vinculaba con una industria del hilado y del tejido domésticos, y que las familias, con

<sup>37</sup> U. S. National Archives [en adelante NA], Microcopy M/70, Roll 11, despachos de cónsules de los Estados Unidos en Buenos Aires, vol. 10, H. R. Helper al Ministro de Asuntos Exteriores Steward, Despacho núm. 85, 15 de octubre de 1864, pp. 12-13.

<sup>38</sup> M. G. y E. T. Mulhall, *Handbook of the River Plate: Comprising Buenos Aires, the Upper provinces, Banda Oriental, and Paraguay*, vol. 1, Buenos Aires, Standard Printing Office, 1869, pp. 29, 41, 48, 50; M. G. y E. T. Mulhall, *Handbook of the River Plate: Comprising Buenos Aires, the Provinces of the Argentine Republic, and the Republics of Uruguay and Paraguay*, Londres, E. Stanford, 1865, pp. 53-54; R. Napp, *The Argentine Republic*, Buenos Aires, Sociedad Anónima, 1876, p. 273.

la colaboración de asalariados o esclavos, habían participado en el cuidado de las plantas. El papel de las mujeres y los niños en el proceso fue completamente pasado por alto, y este descuido complicó una situación de mano de obra que ya era de por sí difícil. La mano de obra masculina era escasa, mientras que más y más mujeres consideraban que las artesanías tradicionales no podían seguir complementando o proveyendo los ingresos familiares. No fue sino hasta el siglo XX, la década del veinte para ser más específicos, cuando el concepto de trabajo familiar volvió a ser tenido en cuenta aportando la solución a la escasez de mano de obra que entorpecía el cultivo del algodón.

Mientras tanto, las mujeres desaparecieron de la industria doméstica rural, ya que había menos incentivos para el hilado y el tejido. Para la época en que se hizo el primer censo nacional en 1869, las mujeres rurales argentinas ya se habían adaptado a crisis importantes asociadas a la desaparición de la industria familiar de tejidos de algodón, pero aún no habían resuelto el problema planteado por la crisis internacional lanera de 1866. De acuerdo con este censo, en la provincia de Córdoba había todavía 13 694 tejedoras; Tucumán tenía 7 635 tejedoras y 592 hilanderas de lana. Más de la mitad de las mujeres de Santiago del Estero indicaron su ocupación como tejedoras (32 181), y en Catamarca 6 898 se registraron de la misma manera.<sup>39</sup>

Se necesitó que pasara otra generación para que la industria artesanal del hilado y tejido reaccionara por completo ante la pérdida de los mercados textiles locales debido a los artículos de lana inglesa. La lentitud de esta reacción se relacionó directamente con el ritmo de la construcción de los ferrocarriles que llevaron mercaderías importadas a áreas que habían estado demasiado distantes para verse seriamente afectadas por patrones comerciales argentinos. El cambio se hizo claramente visible en el segundo censo nacional de 1895. Ocupaciones como el tejido aún aparecían, pero las cifras habían declinado en 54 653 en 26 años, mientras que se había duplicado la población en general. En Tucumán, por ejemplo, las cifras decrecieron de 7 635 a 4 944, mientras que en Córdoba disminuyeron de 13 694 a 4 810. Pérdidas similares se registraron en Santiago del Estero (32 181 a 12 356) y Catamarca (6 898 a 5 171).<sup>40</sup>

Las fábricas nacionales modernas de hilado y tejido no sustituyeron el trabajo artesanal debido a la dura competencia planteada por los textiles europeos. A pesar de existir sentimientos intensos a favor del libre comercio, durante la década de 1820 se contempló el establecimiento de hilanderías de lana en Buenos Aires, pero la falta de conocimientos técnicos, recursos energéticos y capital en un país que acababa de independizarse significaba obstáculos tremendos. No obstante, la idea era considerada atractiva por la cercanía de rebaños de ovejas y porque la lana podría suministrar una nueva fuente de empleo urbano. Los planes de la década de 1820 desaparecieron con el fin del gobierno de Rivadavia y los subsiguientes desórdenes civiles. Las fábricas

<sup>39</sup> República Argentina, Superintendente del Censo, *Primer Censo de la República Argentina*, Buenos Aires, 1872, pp. 642-648.

<sup>40</sup> D. J. Guy, "Women, Peonage and Industrialization: Argentina, 1810-1914", *ob. cit.*, p. 66.

textiles modernas siguieron siendo un sueño hasta 1862, cuando un gobierno nacional reorganizado ofreció condiciones económicas más estables.<sup>41</sup>

Con el tiempo surgieron en Buenos Aires talleres urbanos que se especializaron en el corte y la confección de tela importada. Estas fábricas incipientes, junto con la expansión de la población urbana en Buenos Aires y la decreciente producción textil en el campo, provocaron un notable aumento en la demanda de algodón importado. En 1887, según el cónsul estadounidense en Buenos Aires, "todos los artículos de algodón consumidos en la República Argentina son importados del extranjero, a excepción de una cantidad muy reducida manufacturada por telares a mano en algunas de las provincias más alejadas del interior". El valor de las importaciones de algodón entre 1878 y 1887 había oscilado desde aproximadamente 5 millones de dólares estadounidenses en 1879 hasta alcanzar algo más de 8 millones de dólares en 1883.<sup>42</sup>

La importancia creciente de los tejidos y del hilo de algodón no pasó inadvertida a los funcionarios argentinos. Durante los tempranos intentos británicos de promover el cultivo algodónero argentino, muchos gobernadores provinciales solicitaron ansiosamente semillas de algodón y alentaron su cultivo concediendo premios o, en algunos casos, tierra para la colonización. Sin embargo, los funcionarios no podían transformar por sí mismos la naturaleza de empresas agrícolas. Aun cuando el ministro del Interior, Dr. Guillermo Rawson, sugirió en la década de 1860 que se asignaran 10 000 dólares de plata para promover la introducción de nuevas plantas y semillas, la experiencia con el algodón había mostrado que esos esfuerzos serían inútiles si no se adaptaba la agricultura a la pericia técnica y a las condiciones de la mano de obra local.<sup>43</sup>

En la década de 1860 la iniciativa gubernamental procedía de los funcionarios provinciales o de los esfuerzos individuales de parte de autoridades nacionales. El Departamento de Agricultura fue creado por la administración de Sarmiento en 1871 para reunir y luego difundir datos agrícolas; esa repartición asumió luego la responsabilidad de promover el cultivo del algodón y otros cultivos. El Departamento comenzó publicando una variedad de revistas dedicadas a la agricultura.<sup>44</sup>

Se supuso originariamente que el Departamento de Agricultura asumiría un activo papel en el desarrollo agrícola de Argentina, pero no fue sino hasta fines de la década de 1890 cuando esta organización se constituyó en Ministerio de Agricultura, obteniendo finalmente un financiamiento apropiado. En el ínterin, el gobierno nacional facultó al Departamento para promover el asentamiento en tierras fiscales después de 1880.

<sup>41</sup> J. C. Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina 1860-1880*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1971, p. 73.

<sup>42</sup> Cónsul E. Baker, Buenos Aires, U. S. House of Representatives, *Miscellaneous Documents*, vol. 4, 1889-1930, Washington, Government Printing Office, 1890, p. 36. Estas cifras no incluían las importaciones de hilo de algodón que, por ejemplo, en 1887 alcanzaron casi \$ 450 000. *Ibidem*, p. 38.

<sup>43</sup> T. J. Hutchinson, *The Paraná: with Incidents of the Paraguayan War and South American Recollections from 1861-1868*, p. 235.

<sup>44</sup> N. Girbal de Blacha, *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, Buenos Aires, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1982, pp. 12-14.



Dentro de este contexto, el cultivo del algodón se convirtió en una preocupación de la dependencia gubernamental.

La participación de Argentina en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay desde diciembre de 1864 hasta 1870 impidió que el gobierno nacional desviara fondos para la experimentación agrícola. No obstante, un beneficio imprevisto de la guerra fue el esfuerzo subsiguiente de colonizar tierras nacionales en el territorio del Chaco después de 1870. Situadas en la parte nordeste del país, cerca del Paraguay, estas tierras consistían en bosques densos de quebracho y otras maderas duras. La primera colonia agrícola se estableció allí en 1878 y comprendía 100 familias, en su mayoría inmigrantes italianos. Debido al aislamiento de la región, se necesitaron muchos años para atraer más familias que se establecieron como agricultores.<sup>45</sup>

En tales condiciones no era factible el cultivo algodonero. Sin embargo, los árboles de madera dura eran muy valiosos, especialmente el quebracho, con un contenido de tanino extraordinariamente elevado. El descubrimiento del aprovechamiento comercial del quebracho ocurrió precisamente cuando llegaron los primeros agricultores y rápidamente atrajo la inversión de capital. Varias poderosas compañías madereras se instalaron para talar y labrar los árboles, y ellas a su vez construyeron ferrocarriles a fin de trasladar los árboles gigantescos a la planta de extracción, y el extracto a los puertos. A la larga, la presencia del negocio del quebracho fue decisiva para el cultivo del algodón, ya que una vez que las compañías madereras lograron mejorar la infraestructura del transporte, los agricultores en las colonias estatales del Chaco contaron con perspectivas mucho más favorables para comercializar sus cosechas.

A fines de la década de 1890 la madera del quebracho se volvió altamente vendible y más agricultores se instalaron en las colonias agrícolas del Chaco. Algunos comenzaron a plantar algodón y uno de ellos, Marcos Briolini, solucionó un problema importante que había saboteado todos los esfuerzos anteriores del cultivo algodonero: aprendió cómo adaptar las nuevas plantas de algodón a las condiciones locales.<sup>46</sup> Briolini llegó a la Argentina en 1899. Incorporado originariamente a una empresa de importación italiana, muy pronto pasó a formar parte de la junta directiva de una compañía de colonización del Chaco y se mudó a su propia parcela de tierra en Colonia Benítez, cuyo fundador, Félix Benítez, había traído semillas de algodón desde el Paraguay en 1901. Allí Briolini logró cruzar algodón tipo Luisiana con otras variedades, lo que resultó en un híbrido capaz de prosperar en condiciones argentinas. Briolini también fue el responsable de la instalación de la primera desmotadora de algodón en la región.<sup>47</sup>

Los esfuerzos de estos intrépidos pioneros italianos se vieron secundados por el deseo del gobierno argentino de atraer colonos a la región, y pronto los territorios del

<sup>45</sup> *El Chaco*, 1940, p. 80.

<sup>46</sup> J. García Pulido, *El Chaco actual*, Resistencia, s. f., s. l., p. 44.

<sup>47</sup> G. Miranda, *Tres ciclos chaqueños. (Crónica histórica regional)*, Resistencia, Norte Argentino, 1945, pp. 230-237.

Chaco y de Formosa, situados ambos en la región del Chaco, se contaron entre los que más tierras destinaban al algodón. En 1895 el Chaco y Formosa tenían 410 hectáreas dedicadas al cultivo algodnero.<sup>48</sup>

El papel futuro del territorio chaqueño como centro del cultivo del algodón no podía detectarse en las estadísticas para 1894-1895 ya que, hasta que se creó el Ministerio de Agricultura en 1898 el gobierno nacional no contaba con los recursos organizacionales para emprender campañas colonizadoras importantes. Y aún entonces, el escaso financiamiento y la falta de un liderazgo coherente dejaban mucho que desear. A pesar de todos estos problemas, en 1904, dos años después de que Briolini había instalado su desmotadora de algodón, el Ministerio comenzó una gestión especial tendiente a reclutar familias para plantar algodón. A partir de entonces, los territorios del Chaco emergieron como el centro principal de la producción algodnora argentina.<sup>49</sup>

Durante la primera campaña, el ministerio de Agricultura ofreció premios, trajo más desmotadoras de algodón a colonias de tierras fiscales, envió especialistas al interior de Argentina para detectar lugares para colonias agrícolas futuras, y envió a un agrónomo a los Estados Unidos de América y a México para observar cómo se cultivaba allí el algodón. Desgraciadamente, lo mismo que en gestiones anteriores, los funcionarios gubernamentales supusieron que los obreros asalariados, específicamente los indígenas varones, más que las familias de colonos, suministrarían la mano de obra en la cosecha.<sup>50</sup>

La búsqueda de una mano de obra masculina dócil era evidente en una carta de 1904 al Ministerio de Agricultura que se reproduce en su *Boletín*. La carta sostenía que de 70 000 indígenas que se suponía habitaban la región entre los ríos Bermejo y Pilcomayo, un número suficiente podía capacitarse y domesticarse para trabajar en las plantaciones algodnoras.<sup>51</sup> El mismo año en que se publicó la carta, la *Santa Fe Land Company* prometió entregar semilla, comprar la cosecha y permitir a los agricultores del algodón vivir tres años en sus tierras sin pagar arrendamiento. Pero a los seis meses, cuando los colonos descubrieron que no podían afrontar el pago de la mano de obra de la cosecha, la compañía abandonó sus esfuerzos. Otra firma, la *Anglo-Argentine Cotton Company*, hizo una experiencia similar. Se constituyó en 1904 con la intención específica de convertir 7 500 hectáreas de suelo chaqueño en una vasta plantación de algodón. También esta fue abandonada poco después. El Ministerio de Agricultura tenía un obvio interés, que se había reanimado con éxito, en el cultivo del algodón, pero los esfuerzos

<sup>48</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, Junta Nacional de Algodón, *La producción de algodón en la República Argentina y en otros países*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltd., 1935, p. 8.

<sup>49</sup> N. Girbal de Blacha, *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX*, ob. cit., pp. 18-22; República Argentina, Ministerio de Agricultura, *Cultivo del algodón*, Buenos Aires, 1904, *passim*.

<sup>50</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, *Memoria*, 1904-1905, p. 101; Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, p. 39.

<sup>51</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, *Boletín del Ministerio de Agricultura*, vol. 1, núm. 2, abril de 1904, pp. 230-231.

de implementar la agricultura de plantación en el nordeste enfrentaban insuperables problemas de mano de obra.<sup>52</sup>

Durante estos años, al menos dos especialistas, uno de ellos un experto agrícola y el otro un especialista en condiciones laborales, instaron a futuros cultivadores del algodón a pensar en modestas plantaciones utilizando mano de obra familiar, más que en grandes plantaciones con ayuda asalariada. En 1904, Fidel Maciel Pérez publicó un estudio acerca del cultivo del algodón en los territorios nacionales del Chaco, Formosa y Misiones. Allí señalaba que

El colono que cultivaba menos tierra obtenía una mayor cosecha, debido a que realizaba el trabajo con sus propias manos, ayudado por su familia durante la cosecha. No necesitaba enfrentar los grandes problemas de desarrollo del presente, porque se contentaba con vivir dentro de los límites estrictos de su propia capacidad productiva, plantando una o dos hectáreas de algodón y vendiendo su producción [...] con una ganancia de 150 o 200 pesos por hectárea.

Cuando aparecía el deseo de una gran ganancia [...] este mismo agricultor, en lugar de cultivar una o dos hectáreas como en el pasado, trabajaba en cuatro, cinco o seis al año siguiente, y de este modo llegaba al límite de su capacidad de producir ganancias.<sup>53</sup>

Maciel llegaba a la conclusión de que una economía en gran escala no podía lograrse en el Chaco debido a la escasez relativa de trabajadores asalariados. Aun indígenas mal pagos resultaban demasiado costosos para el agricultor familiar promedio. Por ello, aconsejaba a los agricultores que calcularan cuánto podían plantar sin buscar mano de obra adicional para la cosecha.

Maciel señalaba a continuación que la ubicación de las granjas de algodón determinaba los márgenes de ganancias debido a las perspectivas limitadas de transportar la fibra al mercado. En 1904, los productores de algodón sólo disponían del puerto de Barranqueras: si no vivían cerca de él, los altos costos de transporte harían desaparecer todas las ganancias.<sup>54</sup>

La relación entre el cultivo nacional del algodón y una industria textil local también era considerada por Maciel como factor decisivo para mantener un mercado.

Necesariamente tenemos que seguir el ejemplo de cómo se desarrolló la industria algodonera en los Estados Unidos que, hace treinta años, tenía que tolerar las condiciones impuestas por los mayoristas europeos; pero, más tarde, [...] la industria textil nacional, estimulada por el negocio fácil y ventajoso, alcanzó su estado actual de estar en condiciones de fijar los precios para sus propios productos.<sup>55</sup>

<sup>52</sup> *South American Journal*, 30 de julio de 1904, p. 116; 24 de diciembre de 1904, p. 684; 15 de octubre de 1904, p. 402; *El monitor de las sociedades Anónimas*, núm. 3, 1906, p. 62.

<sup>53</sup> F. Maciel Pérez, *Investigación algodonera en los territorios del Chaco, Formosa y Misiones*, 1904, p. 16.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>55</sup> *Ibidem*, pp. 20-21.

A fin de asegurar el cultivo del algodón en Argentina, Maciel esbozó un programa basado en incentivos gubernamentales tales como estaciones agrícolas experimentales, gestiones para rebajar el precio de los comestibles, transporte mejorado y tierras baratas. A su vez, instó a los agricultores algodoneiros a crear cooperativas agrícolas que contribuirían a rebajar los precios mediante compras masivas y asegurar precios más elevados de la cosecha a través de ventas cooperativas y compartiendo desmotadoras y otros implementos agrícolas, y suministrando crédito agrícola. Finalmente, instó a los agricultores a dedicarse a la agricultura familiar más que al trabajo asalariado.<sup>56</sup>

Juan Biallet Massé un investigador de la situación laboral, llevó adelante otro estudio acerca de las colonias agrícolas dedicadas al cultivo del algodón en 1906 a instancias del Ministerio de Agricultura. Reiteró el pedido de Maciel Pérez a favor de la agricultura familiar; sostuvo incluso que la cosecha de las granjas familiares era tres veces mayor que la de quienes dependían de la mano de obra asalariada. Mujeres y niños, afirmó, eran recolectores de algodón superiores si se los comparaba con adultos de sexo masculino, y las familias podían cultivar hasta cinco hectáreas usando su propia mano de obra. Concluyó sus comentarios vinculando el trabajo agrícola familiar con la tradición y la moralidad: "El trabajo familiar, no sólo del algodón sino también de otras actividades agrícolas, ofrece ventajas insuperables y estimula la moralidad. Además, es también la forma de trabajo tradicional en el país y habla a favor de la necesidad de mantener pequeñas granjas".<sup>57</sup>

Una vez que se había vuelto a examinar el problema de la mano de obra, los funcionarios resolvieron otros problemas. La primera estación agrícola se estableció en 1908 en Colonia Benítez, el lugar donde Marcos Briolini había realizado esfuerzos de pionero para desarrollar semilla híbrida de algodón. La estación continuó esforzándose en desarrollar híbridos y distribuirlos entre los agricultores. De tal modo, aumentaron las posibilidades de una mejor cosecha mediante la aplicación de tecnología.<sup>58</sup>

Las soluciones a los problemas de transporte se lograron más lentamente. Como lo señaló el cónsul estadounidense en Rosario en 1912, los inmigrantes que deseaban radicarse en el Chaco debían tener en cuenta que "el factor principal en el valor de la tierra es [...] su ubicación respecto del ferrocarril; y el factor secundario es su capacidad productiva". Además, advertía que el Chaco "indudablemente estaba destinado a acrecentar su valor en sumo grado, pero sólo está al comienzo de su desarrollo, tanto en lo que se refiere a la producción como al transporte".<sup>59</sup> Desgraciadamente para quienes cultivaban el algodón antes de la Primera Guerra Mundial, la construcción de los

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 33-36.

<sup>57</sup> República Argentina, Anales del Ministerio de Agricultura, Sección de Comercio, Industrias y Economía, *Informes sobre la creación de colonias nacionales algodoneiras*, presentado por el Dr. Juan Biallet Massé, Buenos Aires, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica, 1906, pp. 22-23.

<sup>58</sup> República Argentina, Ministerio de Agricultura, *Memoria*, 1913, p. 76.

<sup>59</sup> Cónsul de los Estados Unidos Robert T. Crane al Ministro de Asuntos Exteriores, 20 de junio de 1912, NA, Microfilm Series 514, Roll 294, RC59 835.52/8.

ferrocarriles se realizaba sobre todo de acuerdo con los dictados de la industria maderera más que de las prioridades agrícolas.

De hecho, la producción algodонера argentina no solo no continuó creciendo sino que declinó. En 1910 el Ministerio de Agricultura intentó nuevamente que los agricultores plantaran algodón. En esta oportunidad los premios oscilaron entre los 10 y los 42 dólares estadounidenses. En lugar de estimular el cultivo del algodón, se cree que el resultado de todos estos esfuerzos fue una disminución real de la cantidad de hectáreas plantadas. De acuerdo con Cole, cónsul general estadounidense, había más de 15 000 acres dedicados al algodón en 1905. Apenas cinco años más tarde, el cónsul general de los Estados Unidos, R. W. Bartleman, informó que la cantidad de acres había disminuido limitándose a 4 394.<sup>60</sup>

Retrospectivamente, los planes grandiosos de Mulhall y Hutchinson, por más nobles que hubieran podido ser, nunca habrían tenido éxito en la década de 1860. Independientemente del hecho de estar envueltos en una guerra civil, la cambiante tecnología agrícola y las condiciones del mercado dejaron a los argentinos al margen de cualquier participación en la producción algodонера hasta que pudieron desarrollar sus propias cepas de semilla de algodón a principios del siglo XX. Escasos recursos de mano de obra y costos elevados de transporte hicieron imperativo que los costos de producción fueran lo más bajos posibles. Esto significaba que los argentinos debían repensar la factibilidad de la agricultura de plantación y retraerse a la producción familiar. Hasta que se satisficieran estas condiciones, la creación de una provisión de algodón bruto seguía siendo un sueño.

La historia de la producción algodонера argentina sirve como una lección para los especialistas en modernización agrícola. A largo plazo, el problema más difícil de resolver para quienes cultivaban el algodón era el relacionado con la mano de obra y las desventajas geográficas de la región. En tales circunstancias, aun con la tecnología aplicada más moderna, las ventajas en gran escala nunca superarían los costos asociados con la agricultura comercial. Retornar a las soluciones del pasado, particularmente al mantenimiento de granjas manejadas por familias, resultó ser más útil que el atractivo de las plantaciones. Finalmente el papel de las economías agrícolas familiares, más que el trabajo asalariado masculino, reveló las inconsecuencias de una política dirigida exclusivamente a las mujeres para el progreso rural.

<sup>60</sup> Despacho núm. 255, American Consulate-General, R. W. Bartleman to Secretary of State, 28 de marzo de 1910, NA M514/32; *Review of the River Plate*, 8 de septiembre de 1911, p. 5; República Argentina, Congreso Nacional, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 1911, 2, pp. 280-286; El Pedido está basado en el informe realizado por Juan S. Attwell, inspector de Tierras y Colonias, y editado en el *Boletín del Ministerio de Agricultura*, vol. 13, núm. 6, junio de 1911, p. 295.

